

Creo en el perdón de Dios

RESUMEN

La insistencia en la fragilidad moral del ser humano no convierte a la antropología cristiana en pesimista. De hecho, negar la existencia del pecado es en sí mismo falaz (1 Jn 1,8). Jesús revela a un Dios rico en misericordia. Por su parte, la versión bíblica de la Historia presenta a Dios saliendo al encuentro del hombre, toda vez que mantiene su amor por mil generaciones (Ex 34, 6-7). "Cállese y no quiera alabar a Dios quien no quiera ver su misericordia" (conf. 5, 7, 12). Podemos interrumpir el círculo del perdón si nos convertimos únicamente en receptores de perdón, pero no en sus agentes. Todos los pecados, menos uno, pueden ser perdonados: la negativa a perdonar (Mt 6, 15). La misericordia es la grandeza de Dios (cf. Io. eu. tr.14, 5).

PALABRAS CLAVE: pecado, perdón, justicia, misericordia, Padre.

ABSTRACT

The fact that it underlines human moral frailty does not make Christian anthropology pessimistic. As a matter of fact, to deny sin is a lie in itself (1 John 1, 8). Jesus has revealed a God rich in mercy. History as depicted in the Bible is one of a God willing to encounter man, while keeping His love for a thousand generations (Exodus 34, 6-7). "May keep quiet, may he not attempt to praise God he who is not willing to see God's mercy" (Saint Augustine, *Confessions* 5, 7, 12). We can indeed block the loop of forgiveness if we become only receptors but not agents of forgiveness. All sins but one can be forgiven - the refusal to forgive (Mt 6, 15). Mercy is the greatness of God (Saint Augustine, *Commentary on the Gospel of John* 14, 5).

KEY WORDS: sin, forgiveness, justice, mercy, Father.

La humanidad entera ha tocado las raíces más hondas de su fragilidad con ocasión del Covid-19. De un día para otro, nos sentimos asustados e impotentes ante un temible virus. Las epidemias son físicas, pero siempre tienen algo de simbólico y espiritual. Topamos con la paradoja de una vulnerabilidad física y psicológica confesada, y, a veces, la negación de la debilidad moral porque cada uno tiene capacidad para justificar su vida personal sin la confrontación con ningún criterio ético.

Entendida la culpa como una voz acusadora que incomoda, se huye de toda autocritica y responsabilidad para borrar la contingencia de cualquier herida interior. Es el no reconocimiento de las limitaciones humanas esenciales, en vez de intentar paliar las flaquezas que nos acompañan. Vivir instalados en un cuerpo frágil es la expresión de otras servidumbres, rupturas y esclavitudes más profundas.

Los avances de la ciencia y de la técnica, unidos a la crítica al humanismo y al antropocentrismo clásicos, han provocado una revolución antropológica que sueña con una humanidad nueva –el *posthumanismo*– y desautoriza las religiones tradicionales. El recelo posthumanista hacia la ética y la teología desemboca en la pretendida infinitud, y la autosuficiencia libera de toda responsabilidad. En este horizonte, desaparece la sombra de la culpa y del pecado¹. Sin culpa, no hay necesidad de perdón y el hombre se deja invadir por una falsa sensación de inocencia semejante a la actitud del fariseo (cf. Lc 18, 9-14) que, en vez de volver sobre sí mismo, revisa puntualmente las prescripciones de la tradición de Israel y se enorgullece de su cumplimiento material.

Para hablar de la necesidad del perdón, es necesario reconocer nuestro fondo de pobreza y desamparo. Hay conciencias más laxas, proyectos más abiertos y tolerantes donde la capacidad de autojustifi-

¹ *El transhumanismo en la sociedad actual* fue el tema de las XXI Jornadas Agustinianas, organizadas por el Centro Teológico San Agustín los días 2 y 3 de febrero de 2019. Las actas de este encuentro –distribuidas por Editorial Agustiniana, Paseo de la Alameda, 39, 28440 Guadarrama (Madrid)– ofrecen las intervenciones de los profesores Eloy Bueno de la Fuente, Francisco José Génova Omedes, José Román Flecha Andrés, Roberto Noriega Fernández y de José Mazuelos Pérez, obispo de la Diócesis de Asidonia-Jerez, actual obispo de Canarias.

cación no conoce fronteras. Desde una visión abierta a lo religioso es más fácil entender y aceptar este discurso. Para san Agustín, el pecado “*es siempre un amor desordenado de las cosas buenas*” (cf. Sol. 21, 3)², o la clásica definición de “*una aversión hacia el creador, a quien debe preferirse, y una conversión hacia las criaturas inferiores*” (Simpl. 1, 2, 18)³.

Quien, en un afán de emancipación radical pretenda construirse a sí mismo independientemente de Dios, no suscribirá jamás la afirmación de María Zambrano cuando escribe que “solo el hombre es pordiosero”⁴. Si Dios es prescindible, el pecado ni interesa ni inquieta. Detrás del afán abolicionista del pecado están las acusaciones de algunas doctrinas que hablan de la religión como una dependencia esclavizante, generadora de angustia, de miedos y de tabúes. Esta mentalidad conecta con los postulados de la llamada *postbiología* que promulga otro paraíso terrenal –de hechura humana– donde están ausentes no solo la figura de Dios, sino también realidades como el desvalimiento, las debilidades físicas y morales que nos acompañan durante el camino de la vida y hasta la misma muerte. El obstáculo insalvable de la felicidad parece que sea la mortalidad y solo quienes viven persuadidos de una vida eterna podrían soñar con ser felices. José Saramago, Nobel de Literatura de 1998, comienza su novela *Las intermitencias de la muerte*⁵ diciendo: “Y al día siguiente no murió nadie”.

La literatura puede ser inofensiva, mientras que “la muerte de la muerte” –proclamada explícitamente sin marcar la raya divisoria entre la especulación científica y la ficción–, supone el empeño por introducir en el imaginario colectivo una revolución antropológica, una nueva epistemología y una nueva ética. Como escribe descaradamente Y. N. Harari, “gurúes de la alta tecnología están elaborando para nosotros religiones valientes y nuevas que tienen poco que ver con Dios y todo que ver con la tecnología. Prometen todas las recompensas”.

2 CIPRIANI, N., «La doctrina moral de San Agustín», en OROZ RETA, J., y GALINDO RODRIGO, J. A., *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy* (III), Edicep, Valencia 1998, p. 496.

3 FITZGERALD, A., *Diccionario de San Agustín. Agustín a través del tiempo*. Monte Carmelo, Burgos 2001, pp. 1014-1015.

4 *El hombre y lo divino*, FCE, Madrid 1993, pp. 156-157.

5 Editorial Alfaguara, Madrid 2005.

sas antiguas (felicidad, paz, prosperidad e incluso vida eterna), pero aquí, en la tierra y con la ayuda de la tecnología en lugar de después de la muerte y con la ayuda de seres celestiales”⁶.

En este contexto, no encaja hablar de la necesidad de perdón. La antropología cristiana, por el contrario, afirma la finitud humana, que hemos nacido herederos del pecado y a nuestro alrededor encontramos las huellas del odio, la injusticia, el desamor.

Sin Dios, el pecado se ignora, se diluye o se encaja en la horma de la psicología y no de la moral. Represión, desplazamiento, proyección, son conceptos esterilizados para que nadie los traduzca como ofensa a Dios y a uno mismo. “Hay pecado donde hay Dios personal y hombre personal”⁷.

Conviene señalar los perfiles diferenciales de cada confesión religiosa, concretamente la imagen de Dios que presentan. Podemos anunciar un Dios amor padre/madre que colma a sus hijos de gracia y de ternura (Sal 102), nos quiere libres y transparentes como el viento y nos invita a sentarnos a la lumbre del evangelio para celebrar una fiesta gozosa de familia. También es posible la caricatura de un Dios amenazante y todopoderoso, vestido con toga de juez, que al final de nuestros días nos espera después de haber cruzado el arco de un escáner y presentado un balance detallado de cada capítulo de nuestra biografía, nunca libre de fragilidades y de errores.

SIEMPRE ES POSIBLE EL PERDÓN DE DIOS

El corazón de la confesión sacramental recuerda el papa Francisco, “no son los pecados que decimos, sino el amor divino que recibimos y que siempre necesitamos. Sin embargo, nos puede asaltar una duda: «no sirve confesarse, siempre cometo los mismos pecados». Pero el Señor nos conoce, sabe que la lucha interior es dura, que somos

⁶ HARARI, Y. N., *Homo Deus. Breve historia del mañana*, Debate, Barcelona 2018, p. 383.

⁷ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *Invitación al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2018, p. 115.

débiles y propensos a caer, a menudo reincidiendo en el mal. Y nos propone comenzar a reincidir en el bien, en pedir misericordia” (Celebración de la penitencia. Basílica Vaticana, 29 de marzo de 2019).

“*Yo quiero curar, no acusar*”, decía san Agustín refiriéndose a la práctica de la pastoral penitencial (S. 82, 8) y, gracias a la medicina de la confesión, la experiencia del pecado no degenera en desesperación. (S. 352, 3, 8-9). El *Rito de la Penitencia* alude a este aspecto medicinal del Sacramento (*Reconciliatio et paenitentia*, Juan Pablo II)⁸.

No poder pecar supondría no poder tampoco amar a Dios libremente. Precisamente, el amor es el termómetro para medir la gravedad del pecado. El amor es una aventura demasiado arriesgada como para viajar sin brújula. Podemos falsificar el amor, caminar en dirección equivocada y alejarnos progresivamente de lo que un día fue nuestro rumbo deseado. Sería dramática la condición humana si la experiencia de la culpa moral no fuera acompañada de la posibilidad del perdón. “La idea del perdón presupone una relación recuperada tras haber sido rota entre dos seres personales. No hay perdón para las cosas, porque ellas no son capaces de arrepentimiento”⁹.

Dios se ha obstinado en perdonarnos. Nos ama no porque nosotros seamos buenos, sino porque él es bueno. Lo que haya en nosotros de pecado no altera su amor. La justicia de Dios seguirá siendo siempre incomprendible para nosotros, porque nos resulta difícil compaginar justicia y misericordia y nos resistimos a entender que la justicia es una variante del amor. En Oseas 2, 21, Dios promete desposarse con su pueblo “en la justicia y en el juicio, en la gracia y en la ternura”. En Isaías 40-66, la expresión *justicia de Dios* adquiere un amplio alcance: La justicia de Dios es unas veces salvación del pueblo cautivo, otras el atributo divino de misericordia o de la fidelidad¹⁰.

Identificar la justicia con la observancia de la ley es colocarse al borde del legalismo. Misericordia y justicia no son incompatibles en

8 Exhortación apostólica sobre la reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia hoy (2 de diciembre de 1984).

9 GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *o. c.*, p. 115.

10 Cf. LÉON-DUFOUR, X., *Vocabulario de teología bíblica*, Herder, Barcelona 1988, pp. 464-466.

el Dios de nuestra fe. “La justicia divina no excluye la misericordia y el perdón que devuelven al hombre a su situación de imagen e hijo de Dios. El perdón que Dios otorga al hombre se realiza en él como sanación, santificación y recreación de su entero ser”¹¹.

“*Practicad la justicia, pero anteponed la misericordia*” (*S.* 106, 4). La justicia de Dios no puede reducirse al ejercicio de un juicio, sino que, ante todo, es fidelidad misericordiosa, lealtad a una voluntad de salvación. El afán excesivo de ser justo puede desembocar en la injusticia, del mismo modo que el cumplimiento de la ley deletreando el texto de la norma puede llevar al cumplimiento puramente material. Lo observa san Agustín: “*A quien, pues, se hace muy justo, hace injusto esa desmesura misma. Por cierto, quien dice que él no tiene pecado o quien supone que es justo no por la gracia de Dios sino por su voluntad, se hace muy justo, pero no es justo viviendo rectamente, sino, más bien, hinchado suponiendo que es lo que no es*Io. eu. tr. 95, 2).

Jesús de Nazaret nos ha revelado un Dios rico en misericordia¹². La razón de ser de la Iglesia es “revelar a Dios como Padre”¹³. El amor gratuito y solidario de Dios Padre es un dato inequívoco de la revelación bíblica. Dios cómplice con la felicidad humana, con su plena realización y salvación (*Gn 3,15*). La historia que narra la Biblia es la historia de un Dios que sale al encuentro del ser humano y mantiene su amor por mil generaciones (*Ex 34,6-7*).

La misericordia, la compasión y la paciencia del Padre, son el paradigma de una Iglesia que tiene vocación de nueva humanidad. “El mundo de los hombres puede hacerse cada vez más humano, únicamente si introducimos en el ámbito pluriforme de las relaciones humanas y sociales, junto con la justicia, el «amor misericordioso», que constituye el mensaje mesiánico del Evangelio”¹⁴. Como señala Juan Martín Velasco, “es posible que todas estas tareas aparentemente complejas se encierran en dos fundamentales: dar testimonio del amor salvador de Dios a través de la renovación de la vida teologal

11 GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *o.c.*, pp. 118-119.

12 JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, p. 1.

13 ÍD., p. 8.

14 ÍD., p. 7.

de sus miembros y realizar ese testimonio en el servicio desinteresado, humilde y generoso, a todos los hombres y en especial a los más necesitados”¹⁵.

Hemos insistido, quizá demasiado, en “Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto” (Mt 5,48), y menos en “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36). El perdón ilimitado e inagotable del Padre, ¿es condicionado?; ¿exige un compromiso de perdón previo por nuestra parte? Esta actitud parece estar presente en la literalidad del evangelio: “Si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestros pecados” (Mt 6,15). Y el apóstol Santiago, con lenguaje diáfano, concluye: “Quien no sea misericordioso tendrá un juicio sin misericordia” (Sant 2,13).

Se trata de una condición tan indispensable que el Señor no dudó en que figurase expresamente en el Padrenuestro: “Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden” (Mt 6,12). Quiere decir que Dios perdona todos los pecados imaginables, excepto uno que consiste en negarnos nosotros a perdonar. Aceptar, sin más, esta posibilidad, ¿no lleva a la sospecha de que Dios se desdiga de sí mismo? La misericordia, auténtico ser sustantivo de Dios, sana la vida del pecador frente a cualquier oposición. El perdón de Dios no depende del perdón humano.

El comentario de Agustín a Juan 8,10, cuando los letrados le presentan una mujer sorprendida en adulterio, es de gran belleza: “*Y se marcharon todos. Quedó él y ella solos; quedó el creador y la criatura; quedó la miseria y la misericordia; quedó la que reconocía su pecado y el que le perdonaba el pecado. Esto es lo que, inclinado, escribía en la tierra. Pues escribió en la tierra. Cuando el hombre pecó, se le dijo: Eres tierra. Por tanto, cuando Jesús concedía el perdón a la pecadora, al otorgárselo, escribía en la tierra. Le concedía el perdón; pero, al ofrecérselo, levantó hacia ella el rostro y le dijo: ¿Nadie te ha apedreado? Y ella no dijo: «¿Por qué? ¿Qué he hecho, Señor? ¿Acaso soy culpable?» No se expresó en esos términos, sino que dijo: Nadie, Señor. Se acusó a sí misma. Los judíos no pudieron probar el delito, y se retiraron sin rechistar. Aquella mujer cuyo Señor no ignoraba su falta, sino que buscaba su fe y su confesión, la confesó. ¿Nadie te ha apedreado? Ella responde: Nadie,*

15 *Increencia y evangelización*, Sal Terrae, Santander 1988, 2^a Edición, p. 163.

Señor. Dijo nadie por haber confesado sus pecados, y Señor por habérseles perdonado. Nadie, Señor. Conozco ambas cosas: sé quién eres tú y sé quién soy yo. [...] Conozco mi culpa, conozco tu misericordia” (S. 16 A, 5).

El momento culminante de la escena es cuando Jesús dice a la mujer: “El Mesías soy yo, que estoy hablando contigo” (Jn 4, 26). Esta manifestación de Jesús como salvador, despierta en la mujer el deseo de una vida plena, después de haberse ido apagando, uno tras otro, el amor de sus maridos sucesivos.

“El oficio de Dios es amar”, proclamaba la publicación oficial ofrecida por el Comité para el Jubileo del Año 2000 para reflexionar sobre Dios como Padre de la misericordia y reconocernos en la vida como hijos suyos¹⁶. Esta verdad de nuestra fe tiene su reflejo en el Nuevo Testamento a través de una deliciosa parábola narrada por san Lucas (15,11-32) y que san Agustín comenta en el Sermón 112 A, 1-5. Estamos ante la lógica original y única del amor.

Lo mejor del Evangelio lo hemos convertido en letra pequeña y no hemos proclamado con claridad que la fe cristiana no solo es expresión de la voluntad del hombre de ir hacia Dios, sino que describe la venida de Dios a este mundo en busca del hombre. “Tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo” (Jn 3,16). El amor de padre hace a Dios vulnerable y fiel a su alianza y a su corazón, por encima de todas las rupturas. “Si somos infieles, él permanece fiel” (2 Tim 2,13). Dios no puede traicionarse a sí mismo; no se equivocó cuando decidió amar sin límites y sin condiciones al ser humano. “*Que calle, que no intente alabar a Dios quien no quiera ver, ante todo y sobre todo, su misericordia*” (Conf. 5, 7,12).

Puede ser verdad que algunos no busquen a Dios, pero Dios busca a cada hombre y tiene paciencia como el agricultor que conoce el intervalo entre sementera y cosecha. “Vosotros sois un campo que Dios cultiva”, señala San Pablo (1 Cor 3,9). El padre de la parábola respetó la libertad de su hijo y se limitó a esperarle pacientemente. Cada tarde salía a la puerta de casa con los ojos fijos en el camino de entrada al pueblo. Es la historia de san Agustín, siempre *perseguido* por

16 *Dios, Padre misericordioso*, Comité para el Jubileo del año 2000, BAC, p. 77.

Dios. Y es la historia de nuestra vida. ¿Quién ha llevado la iniciativa? “Dios nos amó primero”, dice san Juan (4,19).

Somos hijos de Dios, pero conviene precisar: somos hijos pródigos que venimos del Padre y volvemos al Padre (cf. Jn 13,3; 8,42; 16,28). Dios es el puerto de salida y el camino de retorno hacia donde dirigimos nuestros pasos (cf. Conf. 1, 1,1). Por eso, no basta con identificarse rápidamente con el hijo pródigo y más a duras penas con el hijo mayor porque es una figura poco atractiva. Se trata de mirar hacia el padre e identificarnos con él. Porque, aunque nos veamos reflejados en los dos hermanos de la parábola sobre el amor de Dios (*Lc* 15, 11-32), todavía puede faltarnos lo principal. El protagonista de la parábola es el padre y el padre constituye nuestro modelo de identificación.

Cuando Jesús le dice a Pedro que hay que perdonar hasta setenta veces siete (Mt 18, 21-22), afirma el perdón sin límites. Expresado de otro modo, el perdón universal, incondicional y gratuito. Perdonar es un signo de grandeza. Una comunidad o una familia donde no se regale el perdón diariamente es un infierno, del mismo modo que una sociedad sin compasión es inhumana.

Los psicólogos describen un mecanismo de defensa que consiste en un mimetismo misterioso por el que quien recibe una agresión tiende a imitar a su agresor. Es una reacción de la que ya habla en el siglo XIX el P. Lacordaire: “¿Quieres ser feliz un instante? Véngate. ¿Quieres ser feliz siempre? Perdona”.

Perdonar no significa olvidar; hay heridas y cicatrices que perduran siempre y tampoco podemos ignorar pasivamente la injusticia. Si uno perdona es porque quiere destruir el mal. Resistirse al perdón supone vivir con el corazón envenenado. Otra cosa es restaurar la confianza o pretender cerrar los ojos ante unos hechos que han tenido un significado importante.

La fidelidad al proceso de crecimiento de Dios en nosotros exige un cambio continuo que tiene que ir unido al recuerdo del amor fiel que nos tiene aquel de quien nos hemos alejado. Luis Rosales decía que “la esperanza del hombre quizás es tan solo la memoria filial que aún tenemos de Dios”.

En sentido bíblico, la vuelta a Dios se relaciona siempre con la vuelta a casa. La parábola del hijo pródigo nos da la imagen más amable del cielo: una casa paterna. Es decir, ese espacio cálido y sosegado donde siempre nos hemos sentido amados y encontrado cobijo, seguridad y bienestar. El enfermo hospitalizado quiere volver a casa, estar en su cama vestida con las sábanas que llevan unas iniciales bordadas, quizás, por su madre o su abuela, contemplar las paredes y los muebles de su habitación. Así, como una casa, describe Jesús el más allá último, la casa del Padre con habitaciones para todos. Allí seremos “familia de Dios” (Ef 2,19). No es un tema evasivo y espiritualista.

Lo importante no es ser indefectibles, sino distanciarnos de la instalación en el egoísmo que es la fuente de donde manan todos los pecados. Los mismos errores son, en ocasiones, elocuentes lecciones de vida y de futuro. En nuestras fidelidades se fraguan nuestras desilusiones. “Hacemos muñecos de nieve –escribió el poeta Walter Scott– y lloramos cuando se derriten”. Algunas fidelidades a las personas y a las instituciones pueden acortarnos la mirada e impedirnos contemplar perspectivas más amplias.

PERDONAR Y SER PERDONADOS

La petición del Padrenuestro explicada más minuciosamente por san Agustín es “perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden” (Mt 6, 12). Tiene su explicación porque la historia de Agustín pasa por las experiencias humanas del pecado, el perdón, la gracia, la misericordia. Manifiesta abiertamente su necesidad de ser perdonado: *“¡Ay de mí, Señor, iten piedad de mí! ¡Ay de mí! Mira que no trato de ocultar mis llagas. Tú eres el médico, yo soy el enfermo. Tú eres misericordioso, yo miserable...Toda mi esperanza está depositada solo en tu misericordia, que es inmensamente grande”* (Conf. 10, 28-40).

El perdón de Dios no va detrás del perdón humano y tampoco está condicionado por el nuestro. En esta petición del Padrenuestro firmamos el compromiso de imitar al Padre que es indulgente en el perdonar. El papa Francisco decía en una Audiencia celebrada en la Plaza de San Pedro: “La actitud más peligrosa de toda vida cristiana

¿cuál es? Es la soberbia [...]. El pecado divide la fraternidad, el pecado nos hace suponer que somos mejores que los demás, el pecado nos hace creer que somos similares a Dios.

Y, en cambio, ante Dios todos somos pecadores y tenemos razones para golpearnos el pecho –¡todos!– como el publicano en el templo. San Juan, en su Primera Carta, escribe: «Si decimos: “no tenemos pecado”, nos engañamos y la verdad no está en nosotros» (1 Jn 1, 8). Si quieras engañarte, di que no tienes pecados: así te engañas” (10 de abril de 2019).

El retorno de Agustín a la casa del Padre no es mérito propio ni fruto de un acto voluntarista: *“La noche se me convirtió en luz, puesto que desconfié de poder pasar tanto mar durante la noche, y de superar tanto camino, y de llegar hasta el término perseverando hasta el fin; mas esto lo conseguí gracias a Aquel que me buscó habiendo huido yo, que hirió mi espalda con el azote del castigo, que llamándome me apartó de la muerte, que me iluminó la noche”* (En. Ps. 138, 14).

Agustín no es un pesimista y tampoco desconoce sus propias fuerzas, pero es muy consciente de que necesita de la ayuda y de la luz de Dios: *“Pero ¿cómo se iluminó la noche? Bajando Cristo a la noche. Cristo tomó la carne de este mundo, y así nos iluminó la noche”* (En. Ps. 138, 14).

Por su edad, reconoce que debiera ser ejemplar en su vida, pero confiesa que la debilidad nos acompaña durante toda la vida y comenta a sus fieles que *“también nosotros, los ya envejecidos en esta milicia, tenemos enemigos; menores, pero los tenemos. En cierto modo, nuestros enemigos están ya fatigados a causa de la edad, pero, incluso fatigados, no cesan de turbar con diversos movimientos la quietud de la vejez.”* (S. 9, 11).

Esta conciencia de vulnerabilidad, que nunca ocultó san Agustín, le lleva a hablar con frecuencia de la necesidad del perdón. Negar el pecado es mentir (1 Jn 1, 8). Nuestros pecados son nuestros enemigos: *“Si no existiese en la Iglesia el perdón de los pecados, ninguna esperanza habría de vida y liberación eterna. Damos gracias a Dios que concedió este don a su Iglesia [...] Vuestros pecados son vuestros enemigos; van detrás de vosotros, pero solo hasta el mar. Cuando hayáis entrado en él, vosotros os libraréis, pero ellos serán aniquilados, del mismo modo que el agua cubrió a los egipcios, mientras los israelitas se zafaban de ellos pasando a pie enjuto”* (S. 213, 9).

Agustín, agradece a Dios en repetidas ocasiones haber sido perdonado: “*¿Qué le pagaré al Señor por hacer que mi memoria recuerde todos estos detalles sin que mi alma tema por ello? Te amaré, Señor, y te daré gracias y confesaré tu nombre, porque has perdonado esas acciones mías tan malas y perversas. A tu gracia lo atribuyo y a tu misericordia, porque descongelaste mis pecados como si se tratara de hielo*

Aunque algunos pecados parecen pequeños, los pecados menores también matan: “*Muchos pecados menudos matan si se los descuida. Menudos son las gotas que llenan los ríos; menudos son los granos de arena; pero, si se amontona mucha arena, oprime y aplasta*” (Io. eu. tr. 12, 14).

Habituarse a los pecados menores es algo así como un pacto con la mediocridad. San Agustín aconsejaba a los catecúmenos la oración como medio cotidiano de higiene espiritual: “*Una vez que seáis bautizados, procurad llevar una vida santa en los preceptos de Dios, para que guardéis incólume vuestro bautismo hasta el final. No os digo que vais a vivir en esta vida sin pecado: puesto que hay pecados veniales, sin los cuales no es posible esta vida. Pues el bautismo fue instituido para perdonar todos los pecados: y para perdonar los pecados leves, sin los cuales no podemos vivir, también se nos ha conseguido la oración. ¿Qué eficacia tiene la oración? La de: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros también perdonamos a nuestros deudores. Por el bautismo fuimos lavados una sola vez; por la oración nos lavamos todos los días [...]. Porque si sus pecados fuesen leves bastaría la oración de cada día para perdonarlos*

El entusiasmo de san Agustín por la vida monástica no le impidió descubrir y expresar que es un proyecto tocado por la flojedad humana. En una carta dirigida al clero y a los fieles de Hipona, después del hecho escandaloso de un monje y un sacerdote que se acusaron recíprocamente de crímenes graves, escribía: “*Os confieso ingenuamente delante de Dios, que es testigo de mi sinceridad desde que empecé a servir a Dios: difícilmente hallé personas mejores que las que adelantan en el monasterio, pero no las he encontrado peores que las que en el monasterio cayeron, hasta el punto de que pienso que a esto se refiere lo que está escrito en el Apocalipsis: El justo justifíquese más, y el corrompido corrompase más aún (Ap 22,11)*” (Ep. 78, 9)

Más realismo imposible y una advertencia clara acerca de la dificultad de la vida común. “*De aquí que se engañan los hombres, sea para no*

emprender una vida mejor, o quizá por agredirla temerariamente, ya que, al querer ensalzarla, lo hacen de tal manera, que omiten los males que allí están mezclados; y los que la quieren vituperar, lo hacen con un ánimo tan cruel y perverso, que solo resaltan los males que hay allí, o que ellos creen que hay" (En. Ps. 99, 12).

La reflexión de Agustín sobre el Salmo 99 es extensa y afirma que los panegiristas de los clérigos se fijan solo en los buenos ministros y olvidan a otros de vida menos ejemplar. Sucede lo mismo con los críticos que censuran la avaricia de los clérigos, sus reyertas y sus costumbres libertinas. Agustín llega a una conclusión cabal: En los monasterios "*hay varones excelentes, hombres santos*" que se aman y apoyan mutuamente. No se puede ignorar, sin embargo, la presencia de otros que, apoyándose en el mal comportamiento de algunos, no perseveran en cumplir su propósito y al salir del monasterio, se convierten en censuradores intolerantes que se escandalizan de las debilidades humanas. De ellos, escribe: "*Tú pones por los suelos a quien no supiste tolerar, y no hablas de los que te han tolerado a ti*" (En. Ps. 99, 12).

El argumento del discurso es que en ningún lugar del mundo y en ningún estado se puede tener la paz perfecta, tampoco en los monasterios: "*Sin duda tuvieron un laudable y buen pensamiento quienes eligieron llevar con los tales una vida tranquila, ya que, apartados del bullicio mundo, de las turbas agitadas, de las grandes turbulencias del siglo, se hallan como en el puerto. Pero ¿ya encontrará el gozo allí, ya encontrará el regocijo que se promete? Aún no; todavía habrá allí gemido, molestia de tentaciones, ya que el puerto tiene entrada por alguna parte; si no la tuviese, no penetrarían las naves en él; necesita tener entrada por algún sitio. Pues bien, algunas veces por la parte abierta penetra el viento, y en donde no hay escollos, con todo, se rompen las naves al estrellarse unas contra otras*" (En. Ps. 99, 12).

El sentido crudo de san Agustín se ve reflejado en la *Regla*, hasta el punto de hablar a sus monjes de peleas, de ira y hasta de odio. ¿Cómo es posible que también en una comunidad, escuela de cordia y fraternidad, se llegue al odio? San Agustín pone en guardia contra el odio que surge inadvertidamente: "*Cuidado con esta maldad, hermanos, porque en seguida se nos filtra. Por haber dicho que los judíos fueron así, no vaya nadie a creerse que está lejos de caer en lo mismo. Que te corrija un hermano tuyo, deseando tu bien; si lo odias, eres uno de ellos. Mirad qué*

pronto ocurre esto y con qué facilidad. Evitad un mal tan grande, un pecado tan sutil" (En. Ps. 37, 25).

Al odio se puede llegar paso a paso, inesperadamente. Se lo recuerda a un obispo númera que había quedado contrariado a causa de algunos escándalos: "Sabes muy bien, óptimo hermano, cuánto hay que vigilar entre tantos peligros para que el odio no se apodere del corazón; no nos permitiría orar a Dios dentro del sagrario del corazón a puertas cerradas, por haber cerrado la puerta contra Dios. Y como a ningún airado le parece injusta su ira, ella se desliza. Luego la ira inveterada se convierte en odio, y, mientras, una cierta satisfacción se mezcla al justo dolor, el interesado la retiene largo tiempo en el vaso, hasta que el contenido se avinagra y el vaso se contamina" (Ep. 38, 2).

Es difícil que, al leer las últimas palabras de esta carta, no se advierta el eco de la *Regla* que invita a cortar lo más pronto posible las discordias que surjan en la casa religiosa, para evitar que "la ira se convierta en odio, la paja se transforme en una viga y haga homicida al alma" (Reg. VI, 41). Se habla de paja y de viga, aludiendo al texto de Mateo 7, 3-5.

NO BLOQUEAR EL CIRCUITO DEL PERDÓN

Agustín propone el ideal del *anima una et cor unum in Deum*, antípodo de la vida de los bienaventurados en el cielo, pero no olvida invitar a los monjes a evitar que haya entre ellos discordias: "No mantengáis disputas o terminadlas cuanto antes para evitar que la ira desemboque en odio, convierta en viga una paja y haga homicida al alma. Pues así leéis: El que odia a su hermano es homicida (1 Jn 3, 15)" (Reg. VI, 41).

La afirmación de san Juan es breve y rotunda: "El odio hace al alma homicida" (cf. 1 Jn 3, 15). El evangelio señala que "si uno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvete también la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa; a quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos" (Mt 5,39-42). La ley cristiana manda amar, incluso a los que nos hacen mal. De este modo, el hombre se hace imitador de la misericordia de Dios, que "hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e

injustos” (Mt 5, 45). Estos gestos solo se entienden a la luz de la revelación cristiana, para la cual “Dios es caridad”. Porque es caridad, ama la vida y no quiere la muerte de nadie.

A diferencia de la caridad, que quiere el bien del otro, el odio quiere “devolver mal por mal” o hasta “mal por bien” (cf. en Ps. 37, 25). Es el sentimiento más destructivo y contrario a la comunión fraterna. De la conciencia de la gravedad del odio nace la fuerte invitación al perdón y, sobre todo, la grave amonestación dirigida a quien siempre rechaza pedir perdón o no lo pide de corazón, que está sin motivo en el monasterio, aunque no sea expulsado de él (cf. Reg. VI, 42).

Vivimos entre “los santos de la puerta de al lado” (*Gaudete et exultate*, 7) y personas imperfectas, mejorables. Dios no nos perdona si nosotros negamos el perdón a los demás. “*Pues si niegas el perdón a quien te lo suplica, te verás desoído cuando tú lo suplique. Cerraste la puerta a quien llamaba, la encontrarás cerrada cuando llames tú. Y si abres las entrañas de misericordia a quien te suplica perdón, Dios te las abrirá a ti cuando se lo pidas a él. Y ahora voy a dirigirme a aquellos que suplican el perdón a sus hermanos cristianos y no lo reciben. Si tú se lo concedes, podrás orar confiado. Mas si te lo suplica y no se lo concedes, ¿cómo puedes estar tranquilo?*” (S. 386, 1).

Parece que en el Padrenuestro seamos somos nosotros quienes fijemos la medida del perdón de Dios. “*Te suplican perdón, concédelo. Te lo suplican y lo suplicarás. Te lo suplican; perdona, como también tú suplicas que se te perdone. Advierte que llegará el momento de orar [...]. Di aun lo que sigue: Perdónanos nuestras deudas. Has llegado a las palabras en que pensaba: Perdónanos –dice– nuestras deudas. Haz, por tanto, lo que sigue. Perdónanos nuestras deudas. ¿En virtud de qué derecho? ¿De qué pacto? ¿De qué acuerdo? ¿Qué documento autógrafo aduces? Como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Por si fuera poco, el hecho de no perdonar, todavía mientes a Dios. Se ha puesto la condición; es una ley establecida. «Perdóname, como yo perdono». En consecuencia, no te perdoná si tú no perdonas [...]. No hay forma de esquivar este versículo si no es cumpliendo lo que se dice. [...] ¿Quieres recibir? Da. ¿Quieres que se te perdone? Perdona*” (S. 114, 5).

Todavía más explícito es san Agustín en el sermón 211. “*Hemos llegado a un acuerdo con Dios y hemos pactado con él las condiciones de nuestro perdón; en señal de garantía hemos plasmado nuestra firma. Con plena confianza pedimos que nos perdone, pero a condición de perdonar también no-*

sotros; si no perdonamos nosotros, no soñemos en que se nos perdonen nuestros pecados, no nos hagamos ilusiones” (S. 211, 1).

Jesús vincula el perdón de Dios a nuestra disposición a perdonar. Es una invitación a salir del círculo infernal de la venganza, de la dureza de corazón. Antes de pedir perdón al Señor, tenemos que perdonar: “*Sabéis a qué vamos a acercarnos, ¿qué hemos de decir antes a Dios? Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Obrad el perdón; obrad. Pues llegaréis a esas palabras de la oración. ¿Cómo os atreveréis a decirlas? [...] Estás lleno de odio, ¿y te atreves a decirlas? Me responderás: «Yo no las digo». Rezas, ¿y no las dices? Estás lleno de odio ¿y no las dices? Te respondo al instante. Así, pues, si las dices, mientes; si no las dices, nada merecerás. [...] Di a tu corazón: no odies. Mas tu corazón, tu alma, odia todavía; di a tu alma: no odies. «¿Cómo podré orar, cómo podré decir: perdónanos nuestras deudas? Sin duda puedo decir eso, pero ¿cómo me atreveré a decir lo que sigue: como también nosotros?» ¿Qué? «Como también nosotros perdonamos». ¿Dónde está la fe? Haz tú lo que dices: Como también nosotros”* (S. 49, 8).

Hay que temer cuando uno es reacio al perdón: “*Si te alegras cuando recibes el perdón, teme cuando no perdonas tú*” (S. 114-A, 2). Retrasar el perdón puede ser una forma de humillación y de poder. Si no se perdonan pronto, la relación interpersonal será cada vez más distante y menos confiada. El perdón es sanador si sale del corazón. “*Perdonad de corazón; no haya ira en el interior, puesto que esa ira reciente es una paja tierna y casi despreciable. La ira recién nacida turba el ojo, igual que una paja en el ojo: Mi ojo está turbado por la ira; pero la paja se nutre con sospechas y se robustece con el paso del tiempo. La paja llegará a convertirse en viga; la ira inveterada se convertirá en odio. Ahora bien, donde existe odio, habrá un homicidio: Quien odia a su hermano -dijo- es un homicida. [...] Invoquemos al Señor para que se digne concedernos lo que ha mandado: Perdonad y se os perdonará; dad y se os dará”* (S. 114-A, 6).

Siempre estamos necesitados del perdón de Dios porque el perdón es fuente de renovación. Lo recordaba Benedicto XVI hablando del tramo final del camino de san Agustín: “En la última parte de su vida comprendió que no era verdad lo que había dicho en sus primeras predicaciones sobre el Sermón de la montaña: es decir, que nosotros, como cristianos, vivimos ahora permanentemente este ideal. Solo Cristo mismo realiza verdadera y completamente el Sermón de la montaña”.

ña. Nosotros siempre tenemos necesidad de ser lavados por Cristo, que nos lava los pies, y de ser renovados por él. Tenemos necesidad de una conversión permanente. Hasta el final necesitamos esta humildad que reconoce que somos pecadores en camino, hasta que el Señor nos da la mano definitivamente y nos introduce en la vida eterna. San Agustín murió con esta última actitud de humildad, vivida día tras día”¹⁷.

Podemos bloquear el circuito del perdón, si nos consideramos receptores y no agentes de perdón. El perdón es clausula indispensable de un corazón noble, mucho más de una vida cristiana. Tanto el perdón recibido como el perdón otorgado. “Otorgar el perdón es tan necesario y peligroso como difícil solicitarlo. Otorgarlo es necesario en cuanto condición para conseguir el perdón de Dios, como evidencia el Padrenuestro; es necesario como medio para aniquilar la cólera que provocó la ofensa objeto del perdón, cólera que, si no se corta a tiempo, fácilmente evolucionará hasta convertirse en odio, negación de la caridad, que implica la muerte del alma (cf. 1 Jn 3,15), (6, 1) y de la comunión. Es también peligroso porque puede hacerse acompañar de un sentimiento de superioridad, pura expresión de orgullo frente al hermano al que se dice perdonar; orgullo que, como el odio, es incompatible con la caridad, por lo que comporta asimismo el desaparecer de la comunión. A su vez, solicitar el perdón es difícil porque implica un abajamiento personal y, por ello, una humillación; el propio orgullo puede sentirse pisoteado”¹⁸. Todos necesitamos el perdón y todos estamos llamados a ser administradores del perdón.

La relación con Dios, lo mismo que la convivencia humana, se asientan sobre el perdón, la misericordia y la comprensión. Establecer el perdón como cimiento de las relaciones humanas es mucho más que hablar de empatía o de convivencia civilizada, es un imperativo evangélico relacionado con el Padrenuestro que nos invita a perdonar (Mt 6, 12; Lc 11, 4). En la carta a los efesios, leemos: “Perdonaos mutuamente como Dios os ha perdonado en Cristo” (4, 32). El gesto del perdón nace del amor gratuito; si se perdoná es por amor. Un perdón sin amor es un perdón condescendiente, humillante.

17 Audiencia general, miércoles 27 de febrero de 2008.

18 LUIS VIZCAÍNO, P. de, *Teología espiritual de la Regla de San Agustín*, Ciudad Nueva-Estudio Agustiniano, Madrid 2013, p. 116.

EL PERDÓN Y EL OLVIDO

En el lenguaje coloquial se dice “yo perdono, pero no olvido”. El perdón es voluntario, podemos controlarlo; el olvido, sin embargo, puede ser imborrable y, con frecuencia, deja una herida difícil de cicatrizar. Hay recuerdos que no son fáciles de sepultar, particularmente cuando nos ha fallado una persona amiga o hemos recibido una ofensa de quien no esperábamos.

Es importante distinguir entre olvido y rencor. Olvidar es tanto como borrar de la memoria un suceso influyente de la propia biografía. Es una costura, una huella que el tiempo puede ir borrando, pero nunca del todo. Como tampoco es fácil reconstruir sentimientos rotos. La ofensa recibida marca distancias, otra cosa es que levante muros insalvables. El rencor es más grave porque mantiene vivo un sentimiento negativo y es una fijación permanente de hostilidad. Olvido y perdón no van de la mano automáticamente, perdón y rencor son irreconciliables. El rencor interrumpe la trayectoria del perdón.

Para algunos, el perdón y la justicia presentan una cierta incompatibilidad. Dios es misericordioso con quien practica la misericordia, el perdón: *“Si decimos que no tenemos pecados, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros [...]. Quienes después de bautizados siguen en esta vida, debido a su fragilidad mortal contraen algo que, aunque no llegue a provocar el naufragio, conviene, no obstante, que sea achicado. Porque si en una nave no se achica el agua, poco a poco penetra la cantidad que la hará hundirse del todo”* (S. 56, 11).

Aunque uno esté libre de los pecados graves que conducen a la muerte, hay otras formas de pecado. San Agustín habla de la necesidad de controlar nuestros sentidos y nuestros pensamientos para no sumar faltas que, aunque sean pequeñas, nos esclavizan y aplastan. *“¿Qué diferencia hay entre que te aplaste el plomo o la arena? El plomo es una masa compacta; la arena la forman muchos granos pequeños, que te aplastan por su gran cantidad. Se trata de pecados insignificantes: ¿no ves que los ríos se llenan de menudas gotas de agua y arrasan los campos? Son pequeños, pero son muchos”* (S. 56, 12).

Está justificado, por tanto, que tengamos siempre en los labios la petición de perdón por nuestros pecados: *“El Señor tu Dios te dice: «Per-*

dona y te perdono. ¿No has perdonado? Eres tú quien te pones contra ti mismo, no yo». Así es, amadísimos hijos míos, puesto que sé de cuánta utilidad es para vosotros decir en la oración del Señor y en cualquier oración esta petición: Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Escuchadme, vais a ser bautizados, perdonad todo. Perdone cada cual de corazón lo que tenga en su interior contra quienquiera que sea» (S. 56, 12).

Hay que pensar en la necesidad del perdón continuado como la ducha diaria o el pasar un plumero sobre nuestra mesa de trabajo. “En cuanto a los pecados de cada día, a propósito de los cuales os indiqué que os era necesario repetir, como purificación diaria, esta petición: Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores, ¿qué vais a hacer? Tenéis enemigos; ¿quién vive en esta tierra sin tener ninguno? Mirad por vosotros: amadlos” (S. 56, 14).

La lectura del silogismo bíblico según el cual “la misma medida que vosotros uséis la usarán con vosotros” (Mt 7, 2) es exigente. El pecado que no tiene perdón es la negativa a perdonar. No se trata, por supuesto, de igualar el perdón de Dios y nuestro perdón, aunque se pueda hablar de una misteriosa proporcionalidad¹⁹: “Perdonad para que se os perdone, dijo Cristo [...] ¿Y qué decís vosotros en la oración? Aquello de que ahora me ocupo: Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. «Perdónanos, Señor, como nosotros perdonamos». Esto es lo que dices: «Padre que estás en los cielos, perdónanos nuestras deudas igual que nosotros las perdonamos a nuestros deudores». [...] Apedreaban al santo Esteban y él, entre piedra y piedra, de rodillas, oraba por sus enemigos, diciendo: Señor, no les imputes este pecado. Ellos le arrojaban piedras, no le pedían perdón; pero él oraba por ellos. Así quiero que seas tú; estírate. ¿Por qué arrastras siempre tu corazón por tierra? Escucha, estira tu corazón hacia arriba, ama a tus enemigos. Si no puedes amar al enemigo cuando te maltrata, ámale al menos cuando te pide perdón. Ama al hombre que te dice: «Hermano, he pecado, perdóname». Si entonces no perdonas, no digo que borras la oración de tu corazón, sino que serás borrado del libro de Dios” (S. 56, 16).

¿Cuáles son nuestras deudas con Dios? Todo en nosotros es deuda porque todo es gracia. El Padrenuestro no es solo una fórmula de

19 Cf. CABODEVILLA, J. M^a, *Discurso del Padrenuestro*, BAC, Madrid 1971, p. 336.

oración o un programa de vida, es también un recordatorio puntual de nuestro deber de gratitud por la posibilidad de reciclar nuestra vida y de levantarnos de nuestras caídas. Hay deudas muy concretas y cada uno recuerda un listado personal de desaciertos y de egoísmos camuflados. En la vida cristiana solo cabe la deuda pasajera, no la deuda crónica e imposible de cancelar que es como llevar clavado un cuchillo en la espalda.

EL PECADO DE NEGARSE A PERDONAR Y EL PECADO DE NO SER FELIZ

Todos los pecados pueden ser perdonados menos uno, nuestra negativa a perdonar: “Si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas” (Mt 6, 15), pone san Mateo en labios de Jesús a continuación del Padrenuestro. No solo perdonar, sino perdonar *al estilo de Jesús*. Perdonar sin colocarnos en un pedestal, sin lastimar la dignidad humana con la humillación, sin mezquindad. El mayor daño que puede hacernos un enemigo es que dejemos de amarle y la deuda que más nos cuesta perdonar es la ingratitud por los favores que hemos hecho. Esperamos demasiado el aplauso humano, nos falta eso que llamamos desapego, libertad. Un aprendizaje difícil es morir a ilusiones vanas, a esos elogios que son fruto de nuestra fantasía. En nuestra mano solo está manejar las veces que podemos y debemos decir gracias. Nada más. Hay personas insensibles, perezosas para la gratitud y para los detalles.

El escritor argentino Jorge Luis Borges, escribió un poema titulado *He cometido el peor de los pecados*. Confiesa: “He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer, no he sido feliz”.

San Agustín escribió un breve libro titulado *La vida feliz*, fechado el año 386 durante unas vacaciones otoñales acompañado por un grupo de amigos en Casiciaco. El tema ya había sido tratado por Cicerón, Séneca, Plotino... La reflexión agustiniana, sin embargo, desemboca en un mar diferente: Dios. “*Es feliz quien posee a Dios*” (beata u. 2, 11).

En *La ciudad de Dios* se pregunta san Agustín cómo entre los múltiples dioses que adoraban los romanos, no se haya considerado en el

consejo de los dioses de Júpiter, la Felicidad. Comenta Agustín que vale más ser feliz que ser rey, y que, fácilmente, podemos encontrar hombres que temerían ser nombrados reyes; nadie, en cambio, que se niegue a ser feliz (cf. *Ciu.* IV, 23, 3). “*¿No es precisamente la felicidad eso que todo el mundo busca, y que no hay absolutamente nadie que no la quiera?*” (*Conf.* 10, 20, 29).

Aunque en la teología sistemática sea un tema poco estudiado, Dios es alegría²⁰. “Resumamos el mensaje de la Biblia: La alegría, en la Biblia, no es la vivencia fugaz de un instante. Una vez que con la llegada de Jesucristo ha irrumpido la plenitud del tiempo, ha irrumpido el tiempo, proféticamente anunciado, de la alegría”²¹. En la Biblia, la invitación a la alegría es reiterativa: “Aparta de tu corazón la tristeza” (*Ecl* 11,10). “No te prives de pasar un día feliz” (*Eclo* 14,11.14). “Dios ama al que da con alegría” (*2 Co* 9,7). “Alegraos con los que están alegres” (*Rm* 12,15).

Frente a la alegría del evangelio, la tristeza individualista que denuncia el papa Francisco: “El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien” (*Evangelii gaudium*, 2).

La presencia del mal es el argumento de mayor peso del ateísmo moderno, la piedra con que tropiezan muchas personas. Voltaire afirmó una vez: “La pregunta por el mal no es más que un juego intelectual para aquellos que disfrutan discutiendo; son como presos haciendo ruido con sus cadenas”²². Agustín se plantea esta misma cuestión y reflexiona: “*La tribulación es un fuego que si te encuentra siendo oro te quita la maleza y si te encuentra siendo paja, te reduce a cenizas*” (*S.* 81,7).

20 KASPER, W., *La alegría del cristiano*, Sal Terrae, Santander 2019, pp. 103-104.

21 Ibíd., pp. 102-103.

22 GRESHAKE, G., *¿Por qué el Dios del amor permite que suframos?*, Sigueme, Salamanca 2008, p. 9.

Quizá haya que insistir con Karl Rahner que la “incomprensibilidad del dolor es un fragmento de la incomprensibilidad de Dios”²³. La única respuesta ante el dolor –sea físico o moral– es que el Dios de Jesús es un Dios “rico en misericordia” (Ef 2, 4), capaz de compasión.

San Agustín experimentó la misericordia de Dios, justamente cuando se sentía más alejado de él. Escribe en las *Confesiones*: “*A ti la alabanza, a ti la gloria, fuente de las misericordias. Yo me iba más miserable y tú más cercano*” (6, 16, 26). Y añade: “*Que silencie, Señor, tus alabanzas el que no estima tus actos de misericordia. Estas misericordias son las que te confiesan desde lo más íntimo de mi ser*” (6, 7, 12).

La grandeza de Dios es su misericordia (Io. eu. tr. 14, 5). La situación actual de la sociedad y de la Iglesia aconseja –en palabras pronunciadas por san Juan XXIII en la apertura del Concilio Vaticano II que cita el papa Francisco en la bula *Misericordiae vultus*– “usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad”²⁴.

San Agustín –con acento cristológico– afirma en el Sermón 144, 3: “*Misericordia es el hecho de que Cristo haya venido a nosotros*”. Y comentando el salmo 30, escribe: “*¿Qué mayor misericordia que el hecho de darnos a su Hijo único no para que viviera con nosotros, sino para que muriera por nosotros?*” (II, 1, 7). La Encarnación es el gesto supremo de misericordia por parte de Dios hacia la humanidad. Dios es, por encima de cualquier otro título o atributo, misericordia sin límites. Cita el papa Francisco a san Agustín cuando escribe “*es más fácil que Dios contenga la ira que la misericordia*” (En. Ps. 76, 11).

Todos somos un ejército de perdonados, todos hemos sido mirados con compasión divina. “Si nos acercamos al Señor y afinamos el oído, posiblemente escucharemos algunas veces este reproche: «*¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?*»” (Mt 18,33)” (Gaudete et exultate, 82).

SANTIAGO M. INSUNZA SECO, OSA

23 Íd., p. 23.

24 *Gaudet Mater Ecclesia*, 11 de octubre de 1962, pp. 2-3.